

# El intelectual y el compromiso político: entrevista a Zeev Sternhell

CARMEN LÓPEZ ALONSO

**Z**EEV Sternhell, catedrático de la Universidad Hebrea de Jerusalén, es bien conocido por su obra sobre la historia de la derecha francesa y los orígenes de la revolución fascista. Hace apenas unas semanas que acaba de aparecer la trilogía que, bajo el título de *La France, entre le nationalisme et le fascisme* (Fayard), reúne sus tres volúmenes, ya clásicos, sobre Maurice Barrès, la derecha revolucionaria y la ideología fascista<sup>1</sup>, que están todavía a la espera de traducción en español. Sí existe, en cambio, una versión española de *El nacimiento de la ideología fascista*<sup>2</sup>. Sternhell, que es también el autor de un muy importante, pionero y polémico estudio sobre los orígenes del estado de Israel y sus mitos fundacionales<sup>3</sup>, es un intelectual comprometido, cuya voz se encuentra entre las más críticas y personales de la actual sociedad israelí. Próximo de las tesis de los pacifistas no es, en cambio, un pacifista y aunque su obra comparta muchas de las afirmaciones de los nuevos historiadores no es, tampoco, uno de ellos.

De origen polaco, Zeev Sternhell nace en 1935. Vive en Francia cinco años cruciales, desde 1946, cuando llega, con once años, junto a otros niños polacos que también han perdido a su familia, hasta que, en 1951, parte hacia Israel. Allí aprende hebreo y, tras vivir durante un año en un kibbutz, se traslada a la ciudad de Haifa, en donde termina sus estudios. Profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén, en la que desde hace años ocupa la Cátedra Léon Blum, se convierte desde muy pronto en un punto de referencia obligado, y frecuentemente polémico, dentro de los estudios sobre la derecha política y el fascismo. El profesor Sternhell, un hombre cortés y amable, de palabra certera y enérgica, sigue

---

<sup>1</sup> *Maurice Barrès et le nationalisme français*, edición original 1972, nueva edición aumentada, París, Fayard, 2000. *La Droite Révolutionnaire, 1885-1914. Les origines françaises du fascisme*, edición original de 1978, nueva edición aumentada, París, Fayard, 2000 y *Ni droite ni gauche. L'ideologie fasciste en France*, edición original 1983, tercera edición corregida y aumentada, París, Fayard, 2000.

<sup>2</sup> Z. Sternhell, M. Snazdjer y M. Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI.

<sup>3</sup> *Aux origines d'Israel. Entre le nationalisme et socialisme*, París, Fayard, 1996.

conservando el porte entusiasta y combativo de un joven; nada que recuerde, ni de lejos, la imagen del ratón de biblioteca.

P.—Acaba de aparecer una nueva edición, puesta al día, de su trilogía sobre la derecha francesa y los orígenes del fascismo. Me gustaría que me hablara de la relación que existe entre la elección de su tema de estudio e investigación y su propia historia personal como ciudadano israelí.

R.—He elegido el tema de mi trabajo de más de treinta y cinco años porque he querido entender la Europa de nuestro siglo, el desastre europeo del siglo xx, el nacionalismo y el fascismo. Me intereso cronológicamente en el estudio de estos fenómenos dentro de un marco histórico no conformista. Si estudio Francia es porque siento desde muy pronto que la revuelta intelectual no se trataba de un fenómeno circunstancial limitado a Alemania, sino europeo, y que era precisamente el país en donde se había producido la Revolución Francesa el que había segregado la revuelta contra la democracia y contra la herencia de las Luces. Hace tres años el editor sugirió rehacer los tres primeros libros y publicarlos de forma conjunta porque, de hecho, constituyen una trilogía, *La France, entre le nationalisme et le fascisme*. Hay, al principio, una intuición de partida y cuando me pongo a investigar, el trabajo se produce sólo. Comienzo mi tesis sobre Maurice Barrès y el nacionalismo francés en la Universidad Hebrea, bajo la dirección de Jacob Talmon; tengo mis dudas sobre el análisis de Talmon, que veía en el siglo xviii los orígenes del totalitarismo cuando, en mi opinión, el totalitarismo era una revuelta contra el siglo xviii, la revuelta del nacionalismo del Suelo y la Sangre, de la Tierra y los Muertos. Son muy diversas las reacciones que ha provocado la idea defendida en los dos libros que le siguen, *La Derecha Revolucionaria* y *Ni Derecha ni Izquierda*, de que el fascismo no es ni de derechas ni de izquierdas. Es finalmente en Francia, la cuna de la ideología fascista, en donde ésta acaba por concretarse en la década de los años 40, en un régimen mucho más próximo al régimen fascista que el de Italia. En cuanto a la pregunta por el desastre europeo creo que es normal para un judío polaco estudiar un desastre que alcanza a los judíos un poco más que al resto. Y es normal que un judío israelí se interese. Y que también se interese por el nacionalismo, en un contexto judío, sionista. El nacionalismo que, por una parte, está en el origen del desastre judío, es también origen de su renacimiento; es lo que ha permitido que, por ejemplo, yo no sea ni un judío polaco ni un judío francés sino un israelí. El nacionalismo, que puede ser un mal total, puede ser una forma de bien que permite defenderse. La cuestión es saber dónde se encuentran los límites del nacionalismo.

P.—¿Cuándo comienza su compromiso político público en Israel?

**R.**—Tras el triunfo de la derecha en las elecciones de 1977, si bien ya antes de esta fecha participo activamente. Lo primero que publico es un artículo, escrito en 1973, poco antes de Yom Kippur. Lo envié a *Haaret'z* el día antes de salir hacia Europa, con Ziva y con nuestra hija, que apenas acababa de cumplir dieciocho meses; íbamos a pasar el curso académico 1973-1974 en Oxford. Llegamos al Saint Anthony's en vísperas de Yom Kippur y cuando estalló la guerra dejé allí a mi familia y volví a Israel para incorporarme a mi batallón, una brigada de blindados integrada completamente por tanques tomados a los egipcios en la guerra del 67. La tesis de este artículo, que es en realidad el inicio de mi vida política pública, es que nos amenaza el peligro del fascismo, porque la colonización, el rechazo a reconocer los derechos nacionales de los palestinos, a aceptar los principios universales como base de la creación del estado palestino, es lo que va a corromper a la sociedad israelí. Llevar el nacionalismo más allá de ciertos límites conlleva necesariamente esta corrupción.

**P.**—¿Cuáles son esos límites?

**R.**—La creación de un estado judío era una necesidad histórica, existencial, que se hace con una guerra, la Guerra de la Independencia, en la que muere un 1 por 100 de la población. Es la victoria en esa guerra la que permite la creación del estado. Todos los objetivos del sionismo pueden realizarse dentro de los límites territoriales del 49 al 67. Con lo conquistado era suficiente. Existe una diferencia esencial entre lo que se conquista antes de 1949 y lo de después de 1967. Las conquistas hechas después de la Guerra de los Seis Días no tenían la legitimidad sin la que Israel no podía pretender tener aprobación internacional. La guerra de los Seis Días nos fue impuesta, pero eso no justifica la conquista de Cisjordania. Al igual que se devolvió el Sinaí hay que devolver todo lo que se ha ocupado, salvo los barrios de Jerusalén. Después de más de treinta años hay situaciones de hecho y no se puede devolver, por ejemplo, el barrio de Gilo. Yo vivo a diez minutos de Gilo y veo cómo se ha convertido en un campo de batalla, que afecta a dos poblaciones civiles. Eso no es aceptable, ni para los israelíes, ni para nadie.

**P.**—En toda su obra como historiador de Europa hay una defensa decidida de los valores universales y de la razón; de la igualdad, en consecuencia. ¿Qué relación existe entre su obra y el estudio sobre los orígenes del estado de Israel, en el que repasa la historia israelí hasta después del asesinato de Y. Rabin<sup>4</sup>?

---

<sup>4</sup> La edición inglesa de la obra incluye un nuevo capítulo puesto al día, véase *The Founding Myths of Israel*, Princeton University Press, 1998.

**R.**—Mi labor como historiador es entender lo que ha ocurrido, lo que ocurre y prever lo que puede ocurrir. En tanto que ciudadano, del 56 al 82 y pasando por el 67 y el 73, he luchado en todas las guerras de Israel de mi generación, cumpliendo con mi deber. Es cierto que puedo definirme como alguien que pertenece a esa especie de intelectual comprometido que piensa que la función crítica está al servicio de la sociedad, poniéndole un espejo delante de su propia cara. El intelectual tiene el deber de llenar esa función que consiste en obligar a la sociedad a verse a sí misma. Es ésa la verdadera función del intelectual, él es el defensor de los valores universales frente al particularismo que es propio de cualquier sociedad, y más aún de una que se halla en guerra. Frente al nacionalismo, que es una forma de particularismo, el intelectual ha de ser el defensor de los valores universales. Es por ello por lo que pido que con los palestinos sean respetados los derechos del hombre, la dignidad del hombre y del ciudadano.

Hay un hilo conductor en todo lo que he hecho, no sólo en mi trabajo como historiador europeo sino también israelí: la idea de que todos los hombres somos iguales. En cuanto a Israel, la cuestión es por qué existen tantas dificultades para superar un nacionalismo tribal y por qué no ha podido establecerse una sociedad más justa que la europea. Hay en la sociedad israelí injusticias similares a las que existen en Europa, y hasta finales de los años 80 no hemos contado con un estado de bienestar similar al europeo. ¿Cómo ocurre esto si durante 44 años, desde principios de los 30 hasta el 77, treinta de los cuales tras la independencia, hemos tenido un partido socialista en el poder? Es esa cuestión la que he querido analizar en mi estudio sobre Israel y la conclusión a la que he llegado es que aquí no ha habido socialismo sino socialismo nacional; lo central ha sido el nacionalismo, también para la izquierda sionista que se proclamaba socialista. La justicia social y la igualdad no han sido un verdadero objetivo y lo que se ha producido como resultado ha sido la victoria de los valores particularistas sobre los universales.

**P.**—¿Qué repercusión ha tenido su estudio sobre Israel? ¿Podríamos incluirle dentro de los llamados «nuevos historiadores israelíes»?

**R.**—El libro sobre Israel no ha gustado a todo el mundo. Pero no me pagan por complacer. Ni escribo para complacer, ni soy un nuevo historiador, si por ello se entiende un historiador postmoderno; no todo lo que tenemos es lo narrativo, es claro que hombres en posiciones diferentes perciben la realidad de modo diverso, pero existe una verdad, y es preciso buscarla, no todo se reduce a narración. Creo que lo postmoderno es una moda que no perdurará. Tampoco soy un nuevo historiador si por ello se entiende un historiador antisionista, sólo lo soy en el sentido de que

considero que el estado de Israel ha de evolucionar. Hay en Israel una minoría palestina del 20 por 100 y no se puede pretender que no posean los mismos derechos; los árabes israelíes no deben sentirse en Israel como turistas, sino como ciudadanos iguales. Este país tendrá el carácter que le den sus ciudadanos.

**P.**—¿Quiere decir que está usted a favor de la idea de un estado binacional?

**R.**—No, no será un estado binacional, será un estado en el que los judíos serán la mayoría y en el que los palestinos deberán vivir en igualdad verdadera, no sólo formal. El estado de Israel será un estado hecho por la mayoría de la población, que será una mayoría judía. Esto no es discutible. Hay que hacer la paz con los palestinos sobre la base de un estado palestino, con un 95 por 100 de Cisjordania y Gaza y habrá que replegar a los colonos más allá de la Línea Verde: todo, menos los barrios de Jerusalén. Hay que desmontar los asentamientos de la franja de Gaza y es un error no haber incluido esto en los acuerdos de Oslo.

**P.**—En la actualidad la sociedad israelí está crecientemente dividida no sólo en términos étnicos y religiosos, entre palestinos e israelíes, árabes israelíes y judíos israelíes, judíos ashkenazis y judíos de origen oriental, religiosos y laicos; también lo está en términos de riqueza y pobreza. A su juicio, ¿cuáles son los aspectos fundamentales sobre los que se habría de hacer hincapié en el estado de Israel?

**R.**—Hemos de combatir como al fuego al liberalismo económico a ultranza. La intervención del estado en la economía es esencial para asegurar la justicia social; no se puede dejar al mercado la construcción de la asistencia social, no se le puede dejar los hospitales o el cuidado de los viejos o los enfermos. Los ricos deben pagar por los pobres. Comparado con lo que la izquierda hace aquí, Tony Blair es un peligroso izquierdista. El objetivo de la izquierda no debe ser bajar los impuestos; además, si se trabaja en una perspectiva de cambio social en pro de una mayor igualdad se acabará con los *clivages* entre los judíos ashkenazis y los judíos orientales.

En cuanto a la laicidad creo que estamos en el buen camino. El poder de los religiosos no pasa del 18 por 100 y el partido Shas<sup>5</sup> en realidad representa un proletariado oriental que vota por él porque el Shas reemplaza la función tribunicia que en otros países, por ejemplo Italia o Francia, tuvo en su momento el partido co-

---

<sup>5</sup> Las siglas del partido religioso SHAS derivan del hebreo Sephardim Shomrei Torah, que significa literalmente los Guardianes Sefardíes de la Torá. El Shas se forma a finales de 1983 por un grupo de sefardíes, miembros de Agudat Israel, el partido religioso ashkenazi, no sionista.

munista. Es en esa función tribunicia del Shas en donde se encuentra su verdadera fuerza: se trata de una especie de sindicato religioso que cumple una función social, la de dar un sentido de pertenencia, de calor familiar, como lo tuvieron los partidos comunistas o socialistas. Sin ella, el Shas perdería parte de su poder. De hecho, el Shas ha llenado, ocupándolo, un vacío que existe en la sociedad.

**P.**—Usted no es únicamente un historiador y un profesor universitario sino un intelectual comprometido cuya opinión se escucha y se debate en los medios de comunicación, tanto israelíes como extranjeros. ¿Qué papel tiene el intelectual en la política?

**R.**—¿Cómo camina la idea lanzada sobre la plaza pública? Es difícil saberlo. Cuando, hace ya más de un cuarto de siglo, gente como yo tomamos un camino, las ideas que defendíamos eran las propias de los marginales y hablar en favor de un estado palestino era colocarse fuera de la ley. En los años 70 ni Peres ni Rabin, y mucho menos Golda Meir, para quien los palestinos ni existían, aceptaban la idea de un estado palestino. Los hombres que han firmado los acuerdos de Oslo no reconocían entonces la existencia de los palestinos; para ellos, nosotros éramos unos traidores. Quince o veinte años después, los acuerdos de Oslo son una realidad.

Yo no digo nada que no haya dicho hace ya veinte años; Israel se encuentra ahora en un proceso de descolonización que pasa por desmontar los asentamientos, lo que significa un enfrentamiento que nos puede llevar casi al borde de una guerra civil. Yo continúo haciendo lo que siempre he hecho: entrar en la vida política activa supone pagar un precio de una cierta integridad; yo veo lo que les ha ocurrido a algunos de mis amigos. Creo que puedo ser fiel a mis ideas y sigo defendiéndolas, tratando de cumplir con mi deber. Es evidente que es la situación objetiva la que en su momento permite que las ideas se conviertan en un hecho político, pero aunque no me hago ilusiones sobre el poder efectivo del intelectual, creo que se produce un fenómeno de acumulación en el tiempo que sí contribuye a ello.

**P.**—Usted ha sido siempre un intelectual que ha trabajado con «la pluma en una mano y la espada en la otra». Un intelectual que lucha activamente por la paz pero que nunca se ha definido como pacifista.

**R.**—Yo lucho en la guerra del Líbano de 1982 y el mismo día en que soy desmovilizado participo en la primera manifestación contra la guerra, en Jerusalén, en el cine Mitchel. En ella participamos tres oficiales, un piloto, el jefe del comando y yo mismo. Lucho en la guerra cumpliendo mi deber, me manifiesto contra ella en cuanto me desmovilizan. Creo que es eso lo que nos da la autoridad moral para luchar contra la guerra, a diferencia de lo que ha ocurrido,

por ejemplo, en los Estados Unidos; aquí, los mismos que luchábamos éramos quienes nos manifestábamos contra la guerra. ¿Pluma en una mano y espada en la otra? Sí, nosotros, los que nos batimos por la paz, también luchamos; yo he tenido que matar a gente; no he tenido ningún problema en disparar cuando ha sido necesario: he disparado, en el 56, sobre soldados egipcios que se encontraban a tres metros de distancia. Ahora ha llegado el momento de hacer la paz. Ahora hemos llegado a un punto importante, tal vez crucial, en el que Israel debe comprender que se trata de un momento difícil y duro, el de la descolonización. Y ésta no podrá hacerse sobre la base del consenso. Barak ha fracasado<sup>6</sup> porque se ha negado a seguir ese camino, que algunos políticos, como De Gaulle, siguieron. Hay que buscar a alguien que tenga esa estatura y no veo a nadie; si hay que esperar a que nazca y madure quizás yo ya no lo vea. Las élites deben movilizarse con suficiente determinación para llevar a cabo el imprescindible trabajo de reconciliación.

\* \* \*

Está anocheciendo. Desde el despacho del profesor Sternhell, dentro de esa peculiar mezcla de campus americano y enorme bunker de piedra caliza que es Mont Scopus, se pueden ver las iluminadas murallas de la vieja Jerusalén y oír con claridad la llamada a la oración que, desde la mezquita de Al Aqsa, hace el muecín. Bajamos desde la Universidad Hebrea, hacia el centro de la ciudad, a lo largo de la Línea Verde. Mientras conduce, Zeev va señalando los lugares en donde se encontraba la frontera, los de las posiciones que ocupaban los israelíes en la guerra del 48. Llegamos a una de ellas, el imponente edificio de Notre Dame, frente a la Puerta Nueva: No se puede volver a la situación de entonces, dice, reflexionando en voz alta; Jerusalén no puede volver a quedar dividida en dos, con barreras entre ambas partes. Habrá una Jerusalén árabe, que ya existe, en la parte oriental, y una Jerusalén judía, en la occidental; el problema del Monte del Templo es algo que habrá resolver, pero no se puede ignorar que los judíos siempre han rezado, incluso aquellos que no rezan, volviendo sus ojos hacia Jerusalén; los palestinos deben comprender que no se puede renunciar a algo que ha estado siempre presente en la memoria a lo largo de dos mil años. Habrá que llegar a una solución de cogobierno en el Monte del Templo.

---

<sup>6</sup> E. Barak presentó su dimisión como primer ministro el día 10 de diciembre de 2000, dos días después de tener lugar esta entrevista. En las elecciones a primer ministro celebradas el 6 de febrero de 2001, el candidato del Likud, Ariel Sharon, obtuvo una aplastante mayoría del 62,5%, frente al 37,5% del laborista E. Barak.

Hemos llegado ya al límite de las murallas de la ciudad vieja y dejamos a la izquierda la carretera que se dirige hacia Belén para subir, cuesta arriba, hacia la zona oeste de esta ciudad de las siete colinas que es Jerusalén. Habla Zeev Sternhell del problema de los refugiados palestinos que, afirma, ha sido mal llevado en las negociaciones con los palestinos y al que hace mucho que habría que haber hecho frente. Podrán volver todos los de Palestina, es decir, al este de la frontera del 48-49, pero no los de Israel, no los de Lod o los de Ramla, por ejemplo, salvo en aquellos casos en que se trate de la reunión de familias.

Ya es de noche cuando me despido de Zeev, a la altura del cruce en el que, todos los viernes, desde hace varios años, a pesar de las dificultades y la violencia contra la que luchan y que tantas veces se ejerce contra ellas, se manifiestan, silenciosa y pacíficamente, en pro de la paz, las Mujeres de Negro.